

Esta es la historia
de un perro muy vanidoso cuyo
nombre era *Carbón*.



Una lorita muy parlanchina, llamada doña *Piringüeta*,
conocía bien la vanidad de este perro, y un día lo llamó a que se
acercara a su jaula en el jardín.

“Es cierto que un perro negro es muy atractivo”, le dijo desde
la percha; “pero si te convirtieras en un perro de mil colores,
no tendrías comparación en hermosura sobre la tierra”.

Carbón perdió el sueño, se le quitó el hambre. Sólo pensaba
en cómo volverse un perro de mil colores. Sería el único.

“Deberías ser como mi comadre la lapa *Leperina*”,
le dijo otro día la lorita *Piringüeta*. “Mirá qué lindos los colores
de su cola”.





Y la lapa *Leperina*, vecina de la lorita *Piringüeta* en la otra percha, hacía piruetas para que el perro la admirara mejor, muy orgullosa de las alabanzas.

Y *Carbón* la veía y la veía, con la lengua de fuera. Así quería ser él, tener en la pelambre esos vistosos colores de la cola de doña *Leperina*, rojo, azul, amarillo, verde.

Llegaron una mañana unos pintores a pintar las paredes de la casa, y *Carbón*, al ver los botes abiertos de pintura, metió las patas y el hocico en todos ellos.

La lorita *Piringüeta*, al divisarlo que se acercaba a ella todo embadurnado, muy orgulloso de su cambio de aspecto, más bien se rió de él.

“No parecés una lapa, sino un payaso del circo”, le dijo.

Muchos trabajos pasó en lavarse toda aquella pintura.

